

social, ni se basará en la unión plástica de los enamorados. Si acaso, aquél es un problema marginal y ésta es la expresión sacramental de una previa afinidad ideal. Por tanto, lo básico es situar exactamente el problema psicológico matrimonial, para resolverlo después lo más acertadamente posible. Con lo cual el matrimonio dejará de ser un acertijo para convertirse en una ecuación.

Y el primer punto para plantear la cuestión es abordar la posición de los actores en el escenario conyugal, a fin de permitirles moverse a impulso consciente y propio y no manejados por los hilos invisibles del azar.

Al matrimonio se llega —en el mejor de los casos— por amor. Ese amor se cimenta sobre múltiples factores. Uno de ellos es el establecido por la ley del contraste. Pues en amor se pueden dar dos casos: Tratándose de seres de muy adelantada evolución espiritual, de muy perfeccionadas cualidades espirituales, capaces de sentirse cada uno de ellos, una completa unidad psicológica, lo buscado es la afinidad, la identidad de las almas, que a veces hasta arrastra una cierta semejanza física. Pero este caso, este arquetipo ideal es la excepción. Amores de esta índole, entre personas seleccionadas por su calidad espiritual, son casos tan raros, que sólo se hallan en las novelas o refulgendo como briznas de oro entre la paja de la muchedumbre anodina.

Lo buscado en la mayoría de los casos es el contraste, el complemento físico y espiritual. De ahí esa ley del contraste, que empuja a los hombres altos o chatos hacia las mujeres chiquitas o narigudas. De ahí esa ley del contraste psicológico —compensación diríamos mejor—, que une a los hombres de altas dotes intelectuales con mujeres de muy inferior nivel mental.

Rubén Darío, el poeta de la voz de oro, se une a una palurda casi analfabeta; Aristides Briand, hombre de profunda cultura, estadista insigne, se enamora de una mujer ignorante y frívola, que por no comprenderle no llegó nunca a amarle.

Al llegar al matrimonio, esas fuerzas de atracción culminan en su juego y con ellas, las que dimanen de la afinidad y el impulso que une a seres de opuesto sexo. Mas al propio tiempo entran en juego fuerzas potentes hasta hoy invisibles para el psicólogo, que son las del *antagonismo* psicológico entre hombre y mujer.

Precisemos. Ese antagonismo erótico y psicológico no es sino un equivalente espiritual del antagonismo existente entre polos opuestos como son lo masculino y lo femenino. Colocad frente a frente en la vida un hombre y una mujer. Observaréis el abismo que los separa. El hombre es por naturaleza fuerte, dinámico, con especial conformación física, con una figura de líneas angulosas, a veces geométricas, apto para la lucha, el trabajo creador y las altas ambiciones sociales. La mujer es frágil, pasiva, de líneas suaves como las de una ánfora, diestra en labores domésticas, hábil en todo lo que representa ser una compañera del hombre, capaz de elevarse hasta las cimas supremas de la maternidad.

Entre hombre y mujer hay diferencias notabilísimas que les separan y al mismo tiempo les unen, pues uno y otra aman el contraste, buscan lo que hallan a faltar en sí mismos. Esa es la fuerza amorosa de *atracción* entre hombre y mujer.

Mas por razón de su posición antípoda en el mapa biológico, hombre y mujer poseen una distinta psicología y una diferente posición vital. Son radicalmente opuestos y de ahí deriva un antagonismo, una repulsión entre am-

bos originada en sus hondas diferencias constitucionales.

He ahí las dos fuerzas psicológicas (V. d. Velde), que entran a jugar en el matrimonio: *atracción* y *antagonismo*. De su armónico fluir se nutre el equilibrio conyugal. El absoluto predominio de la atracción sobre el antagonismo, se manifiesta durante el noviazgo, en el cual el sentimiento amoroso, falto del contrapeso de la fuerza repulsiva que yace adormecida, se exagera y convierte en ciega pasión amorosa. Por eso cuando leemos en una novela de algún clásico del amor, la historia de Pablo o del caballero Des Grieux, nos parecen seres poseídos por un inferno demonio que les empuja, hombres sin equilibrio vital. Es que en ellos el antagonismo sexual hacia la persona amada no se manifiesta y sin ese lastre que nivela, todo su espíritu se decanta hacia la persona amada en una peligrosa pirueta.

Pero si esa pasión amorosa no era auténtica sino falsificada; la intimidad matrimonial cumplirá la misión que le asignó Shakespeare de engendrar el desprecio y acabando por demoler la fuerza de atracción, dejará libre cauce a la repulsión amorosa. Con lo cual se abre brecha al infortunio matrimonial, pues la libre manifestación del antagonismo conducirá a hombre y mujer por senderos diferentes y aún opuestos. Los senderos que les marcan el sello indeleble con que graba a los humanos, lo masculino y lo femenino.

He ahí el proceso psicológico por el cual, al correr de un matrimonio mal entendido, van alejándose hombre y mujer. Deshecho el lazo amoroso que unía tan opuestas popularidades biológicas, cada uno de ellos se marchará hacia el sendero que su naturaleza le marca, al galope de sus impulsos.

Complicase todavía el problema considerando que no existen seres humanos que sean puros, que sean únicamente masculinos o femeninos en su erótica y su psicología.

Todo hombre tiene sentimientos y realiza acciones de naturaleza netamente femenina, como en toda mujer hay un varón dormido. Las proporciones de la mezcla varían en cada individuo y el resultado de un enlace entre un varón y una hembra en los que coexistan fuertemente acusados caracteres espirituales de ambos sexos, es un *cocktail* explosivo, altamente peligroso.

Cierto que extraemos un beneficio de esa ambigua estructura del pensamiento y la erótica humanos y es que gracias a lo femenino que hay en cada hombre puede éste comprender a una mujer y gracias al pedazo varonil que en cada mujer late, puede ésta asomarse con más expresión al alma de un hombre. Con lo cual, de esta compleja disposición, deriva el recurso para combatir antagonismos psicológicos matrimoniales —recurso que equivocadamente adoptan algunas mujeres—, de desplazar el centro del espíritu y el rumbo vital de cada sexo hacia el del sexo opuesto. En una palabra, refiriéndonos a la mujer, hacerse un tanto varonil para así comprender mejor al hombre. Error profundo el de tal variación. Porque hombre y mujer, lo que anhelan en el matrimonio, no es una o un compañero de ambigua personalidad, sino netamente masculino o femenino. Pues cuanto más lo sea, la pureza psicosexual de su constitución, atraerá mejor al otro cónyuge y borrará el antagonismo derivado, tanto de los menudos conflictos del vivir cotidiano, como de la opuesta estructura masculina y femenina.

Por eso la autofeminización de la mujer —cultivo deliberado de sus cualidades estrict-